RESPUESTA A «PUEBLO SANTO» (DE ROB FRINGER Y STANLEY BHEBHE)

Timothy R. Gaines, Trevecca Nazarene University
(Universidad Nazarena Trevecca)

Hemos recibido dones significativos en los artículos «Un pueblo santo imperfecto» del Dr. Rob Fringer y «El proyecto eterno de Dios» del Dr. Stanley Bhebhe. Ofrezco esta respuesta como un medio de amplificación y clarificación. Mediante cuatro puntos breves, procuro analizar el tema del quebrantamiento (Fringer) por medio de «un ingrediente esencial del dinamismo espiritual» (Bhebhe, p. 6) al: 1) emitir una afirmación rotunda sobre una teología de la santidad más allá del perfeccionismo, 2) apoyar una exploración del «quebrantamiento» como una categoría teológica, 3) reclamar mayor claridad en cuanto al término «quebrantado» y 4) de forma constructiva, proponer esa claridad por medio de una lectura neumatológica de Juan 20, prestando particular atención a la «nueva comunidad que el Espíritu Santo estaba forjando» (Bhebhe, p. 3).

Para comenzar, nos enfocamos en la teología de la santidad más allá del perfeccionismo. Evocando filosóficamente el pensamiento griego clásico, el perfeccionismo señala la ausencia de cualquier defecto o carencia. Como muchos teólogos han establecido, el perfeccionismo no es lo que Wesley tenía en mente cuando utilizó el término «perfección cristiana»¹. Ni tampoco es la impecabilidad la connotación central del término teleios que Mateo utilizó en el Nuevo Testamento y que a menudo se traduce como «perfecto»². En su sermón del monte, Jesús no estaba citando a Platón.

Por esta razón, mi segundo punto es una afirmación: el quebrantamiento es una categoría que vale la pena explorar en la teología de la santidad. Afirmar esto requiere hacer una distinción inicial: no es necesario equiparar el quebrantamiento con la pecaminosidad. En cambio, el quebrantamiento denota a aquel cuya vida no está definida por el perfeccionismo. Piensa en una persona que haya sido victimizada, cuyas esperanzas de plenitud corporal se posponen insistentemente por fuerzas opresivas implacables, una persona que cargue con heridas infligidas por la adicción, la pobreza, etcétera. Históricamente, los «quebrantados» son aquellos a quienes la Iglesia del Nazareno nació para servir. Una teología de la santidad que incluye el perfeccionismo ofrece pocas esperanzas para aquellos que tienen cicatrices y diferencias o cargan con heridas en su cuerpo. En cambio, una teología de la santidad, concebida en el modelo de la persona quebrantada-santa, proclama un rotundo mensaje de esperanza: las heridas del quebrantamiento no son un obstáculo para la santidad.

Ahora bien, avanzar en esta afirmación requiere un tercer punto: necesitamos más claridad sobre el término «quebrantamiento». ¿Utilizamos esta frase para referirnos a la caída, la pecaminosidad, la fragmentación relacional, los defectos eclesiales, la imposibilidad para prosperar, la victimización u a otra cosa? Cada enfoque le da al término una función teológica diferente, que permite crear confusión o menoscabar el hermoso potencial que esta exploración

¹ Examples include Mildred Bangs Wynkoop, *A Theology of Love* (Beacon Hill Press of Kansas City, 2015), 273-303, and T.A. Noble's account of Wesley's theology of perfecting in *Holy Trinity: Holy People* (Cascade, 2013), 97-116. Wynkoop's analysis reminds us that "perfection is not, principally, the absence of all that is less than perfect, but the presence of love with all the dynamic meaning of love" (301). Noble's account of Wesley's theology of Christian perfection gives us a vision of 'imperfect perfection,' which "simply means *undivided love*" (91).

² See Kent Brower, *Holiness in the Gospels* (Beacon Hill Press of Kansas City, 2005), 125-126.

facilita. Si bien esta dinámica desafortunada se puede observar en varias publicaciones y reuniones de debate, ofreceré dos ejemplos de un artículo en estudio. Al mismo tiempo, «sigue siendo cierto que las cicatrices del quebrantamiento de Cristo, infligido por el mundo, permanecieron como un testimonio del poder de Dios» (Fringer, p. 10), y «si bien nosotros estamos divididos, ¡el Espíritu Santo no lo está!» (Fringer, p. 6). Estoy seguro de que el Dr. Fringer no plantea que el Hijo es deficiente o defectuoso en tanto el Espíritu, no. Sospecho, en cambio, que esto resalta la semántica engañosa que tiene el término «quebrantamiento» en la teología de la santidad, y nos lleva a preguntar: «¿Es consistente el quebrantamiento con una vida de santidad?». Por supuesto, la respuesta probablemente dependerá de qué queremos decir cuando usamos el término.

Como argumento, utilizamos el término de forma tal que afirma la realidad cristológica de Jesús, quebrantado y santo al mismo tiempo. Gracias a su comunión plena con el Padre en la vida del Espíritu, la santidad del Hijo no se frustra por su desplazamiento social, por su inconformidad religiosa ni por las heridas abiertas que él llevó a su muerte y su resurrección. Desde la perspectiva externa, Jesús estaba quebrantado; fue un espectáculo pasajero más en el desfile de los vencidos en Roma. Sin embargo, la fe cristiana, respaldada con afirmaciones que se remontan a Nicea, no encuentra amenaza alguna a la santidad de Jesús en todo lo que Roma hizo para quebrantarlo. Aunque Roma quebrantó a Jesús, esto no significó que él haya pecado contra el Padre. El quebrantamiento de Cristo no es un impedimento para su plenitud en el amor del Dios Trino

El quebrantamiento de Jesús comienza en su resurrección, con un propósito nuevo, y abre un camino para los que han sido quebrantados por otros. Gracias a la obra de Cristo, la victimización que ellos pueden llegar a experimentar no representa un obstáculo para la santidad, porque el Hijo de Dios presentó su propio quebrantamiento como una invitación a participar en la vida de lo divino.

Ahora podemos identificar la relación del «quebrantamiento» con el «pecado». El quebrantamiento puede no ser un impedimento para la plenitud del amor, pero impedir la plenitud del amor está en la naturaleza misma del pecado. Como nos recuerda el Dr. Bhebhe, el pecado se trata fundamentalmente «de relaciones alteradas y de alienación» (Bhebhe, p. 6). Si el pecado se entiende como una ruptura en la relación con Dios, el quebrantamiento no necesita ser visto como un obstáculo para la santidad. Mientras el cuerpo de Jesús era quebrantado por sus torturadores, su devoción en amor al Padre permaneció. En su piadoso «pero», vence la posibilidad de alienación con el Padre incluso cuando entrega su cuerpo para ser quebrantado (Lucas 22:42). El evangelio les habla a los quebrantados, los victimizados y los oprimidos: tu quebrantamiento no es un obstáculo para relacionarte con Dios. El quebrantamiento no es lo mismo que el pecado.

Sin embargo, alejarse de la devoción al Padre, negar el poder del Espíritu que nos acerca a la vida divina a través de la invitación del Hijo es la malformación pecaminosa que nos impide vivir la plenitud de la vida humana. La denigración de la relación dinámica con Dios —la distorsión de la imagen divina— puede afectar las vidas de aquellos que aparentan externamente estar integrados, ser plenos e inquebrantables. Medir la plenitud humana por las perspectivas de la adecuación social, la integridad física o la conformidad religiosa pura no explica la plenitud de la vida de Jesús ni tampoco definirán a un pueblo de santidad. Somos el pueblo que sigue al

Cristo quebrantado-resucitado, cuya carne se hizo imperfecta por su entrega total al Padre en el poder del Espíritu.

Dicha afirmación nos prepara para el cuarto y último punto, al menos en cuanto a los propósitos de esta respuesta. A modo de sugerencia constructiva, pongo nuestra atención en el relato de Juan sobre la aparición de Jesús resucitado ante los discípulos (Juan 20:19-28). Aquí vemos que las heridas de su cuerpo quebrantado se mantienen abiertas como una invitación: «Pon aquí tu dedo, y mira mis manos», dice Jesús (Juan 20:27). El lugar donde su cuerpo fue quebrantado ahora está abierto como una invitación, y aunque Tomás no acepta la oferta de Jesús en un sentido físico, en esta misma invitación Tomás encuentra una nueva vida: «¡Señor mío, y Dios mío!».

Como nos recuerda Fringer: «Es solo como cuerpo de Cristo que podemos ser santos como Dios es santo». Con este recordatorio, no nos olvidemos tampoco que el cuerpo de Cristo resucita con las heridas de la crucifixión. ¡Se glorifica en su condición quebrantada! ¡Su quebrantamiento no es un impedimento para la plenitud del amor! Ninguna de las heridas del cuerpo de Cristo estaba suturada. Más bien, permanecen abiertas como una invitación. Las imperfecciones de Cristo invitan a las personas quebrantadas a la completitud de la perfección cristiana para participar gozosamente de la plenitud del amor.

Por tanto, esta afirmación nos permite considerar un punto pneumatológico prometedor, cercano al centro de los dos artículos que estamos considerando. De pie en presencia de los discípulos que se habían encerrado con miedo, el Cristo resucitado quebrantado «sopló, y les dijo: ‘Recibid el Espíritu Santo’» (Juan 20). Vemos un relato joánico de la vivificación del Espíritu de la comunidad santa. Si bien difiere del relato de Lucas sobre Pentecostés, permanece una dinámica teológica compartida: el Espíritu, que el Hijo quebrantado-resucitado sopla sobre ellos es la vida de la comunidad eclesial. En esencia, la Iglesia respira el «aire» pneumatológico exhalado por pulmones crucificados —¡quebrantados!—, y así cobramos vida como el cuerpo de Cristo y somos animados enérgicamente a vivir la misión de Dios en el mundo. En sintonía con Génesis 2, el relato de Juan revela que el aliento divino que se brinda de una forma tan íntima da vida a la comunidad de discípulos allí reunida, y la une para vivir y seguir adelante. «Recibir el Espíritu Santo» a través de la exhalación del cuerpo quebrantado de Cristo es la vitalidad de la Iglesia, el don de vida que recibe del Santo.

Como el «testimonio vivo de Cristo» (Bhebhe, p. 9), el quebrantamiento de la Iglesia no es un obstáculo para su santidad. No obstante, impedir la plenitud del amor es uno de esos obstáculos. El vocablo que tenemos a nuestra disposición para describir esta «corrupción maligna [...] de los vínculos» (Bhebhe, p. 7) es «pecado». Una integridad corporal intachable, una «falta de quebrantamiento», no es un requisito para la vida de santidad, como no lo fue para Jesús. A semejanza suya y con su poder, las marcas de nuestras heridas, el ritmo de nuestra singularidad y los movimientos de nuestra vida resucitada hacia el quebrantado —«El proyecto eterno de Dios» (Bhebhe, p. 1)— son precisamente las marcas de la vida santa.